

CAPÍTULO XXXI

HISTORIA.

No se nos culpará el habernos detenido en las doctrinas de los grandes genios, cuyos errores sirven tambien de materia de instruccion.

Puede decirse que no existe en Italia pais que no tenga sus crónicas; ya las hemos indicado en varios puntos; pero las mejores de ellas son las de Florencia, no sólo por el lenguaje, sino tambien por el buen juicio y prudente ingenuidad que en ellas se advierte. Ricordano Malaspina recopiló todo lo que encontró en las *historias de los antiguos libros de maestros de doctrina*, porque entonces las cosas escritas eran sinónimas de verdad; y añadió en ellas los acontecimientos de que fué testigo hasta 1280.

Dino Compagni.—Malaspina fué continuado hasta 1312 por Dino Compagni, que se propuso escribir la verdad de las cosas ciertas que habia visto y oído. Las que no vió con claridad, trató de escribirlas segun las habia oído referir, y como muchos cronistas á consecuencia de su mala intencion, callan ciertas cosas y alteran la verdad, se propuso escribir segun la opinion más admitida. «Reglas estrañas de lo que ha de creerse, y de donde podemos deducir que la verdadera historia no habia nacido aún, la historia cuya menor mision es referir los acontecimientos. Llamado Dino con frecuencia á las magistraturas por sus conciudadanos, se empleaba en persuadirles que viviesen en paz. «Encontrándome de nuevo en el dicho consejo, animado del deseo de ver la union y la paz entre los ciudadanos, dije, antes que se separasen: señores, ¿por qué quereis turbar y destruir tan buena ciudad? ¿Contra quién quereis pelear? ¿contra vuestros hermanos? ¿Cuál será el fruto de vuestra victoria? Ninguno más que pesares.» Respondieron que su determinacion no tenia otro objeto que apaciguar el desorden y mantener la paz. Cuando oí esto, me acerqué á Lapo de Guazza

Ulivieri, bueno y leal ciudadano, y nos fuimos juntos á ver á los magistrados supremos, y llevamos á algunos que habian asistido á dicho consejo, y mediando entre los magistrados y ellos, calmamos á los señores con palabras dulces, y el señor Palmieri Altoviti, que entonces era de los nobles, los reprendió fuertemente sin amenazarlos. Su respuesta fué que de aquella reunion nada resultaria, y que á algunos hombres que habian ido en su busca, se les dejase marchar sin hacerles daño: y así lo mandaron los señores magistrados.»

En otro lugar se espresa en estos términos: «Estando las cosas en este estado (cuando la venida de Carlos de Valois), se me ocurrió, á mí Dino, un santo y horrado pensamiento; me dije: «Este señor vendrá y encontrará todos los ciudadanos divididos, y de aquí nacerá un gran escándalo. Pensé, pues, por el empleo que tenia y por la buena voluntad que conocia en mis colegas, reunir un gran número de buenos ciudadanos en la iglesia de San Juan; así lo hice, y habiéndome entre ellos de todos los oficios y cuando lo creí oportuno, dije: «Queridos y valientes ciudadanos, que la mayor parte habeis recibido igualmente el bautismo en estas sagradas fuentes, la razon os precisa y obliga á amaros como hermanos queridos; y tambien porque poseis la más noble ciudad del mundo. Han nacido entre vosotros algunos odios por las rivalidades de los oficios los cuales como sabeis hemos prometido con juramento reunirlos mis compañeros y yo. Ahora va á llegar ese señor y conviene honrarlo. Alejad vuestros odios y haced las paces para que no os encuentre divididos: alejad de vuestro ánimo las ofensas y malas voluntades, y cesad en vuestra conducta pasada: perdonaos por amor y bien de vuestra ciudad. Y sobre esta sagrada fuente donde recibisteis el bautismo, juraos mutuamente buena y perfecta armonia para que el

señor que va á venir encuentre unidos á todos los ciudadanos.» Al oír estas palabras se reconciliaron unos con otros y juraron poniendo la mano sobre los Evangelios que vivirian en paz y conservarían los honores y jurisdiccion de la ciudad; hecho lo cual salimos de aquel sitio. Los malos ciudadanos que vertian lágrimas de ternura, besaban los Evangelios y mostraban mayor entusiasmo, fueron los que más contribuyeron á la destruccion de la ciudad, y callo sus nombres por decoro. Aquellos que tenian mala intencion decian que se habia adquirido por medio del engaño aquella caritativa paz; pero si en las palabras hubo alguno, yo debo sufrir la pena, aunque no se debe recibir una injuria en cambio de una buena intencion: he vertido muchas lágrimas pensando cuántas almas se habrán condenado por la malicia de aquéllos.

Este celo de que estaba animado por la paz da á veces vehemencia á su estilo; sirva de prueba este párrafo: «Levantaos, malos ciudadanos, llenos de infamia; tomad el hierro y el fuego y haced ver vuestra malicia. Manifestad vuestras inicuas voluntades y vuestros detestables designios; entregaos libremente á esta carrera; id á arruinar las bellezas de vuestra ciudad; derramad la sangre de vuestros hermanos; despojaos de todo sentimiento de fe y de amor; niéguese uno á otro servicio y asistencia, sembrad vuestras mentiras que llenarán los graneros de vuestros hijos. Haced como hizo Sila en la ciudad de Roma; Mario vengó en pocos dias todos los males que habia causado en diez años. ¿Creéis que la justicia de Dios no existe? Tambien la del mundo castiga todos los crímenes. Considerad si vuestros antepasados han conseguido méritos en sus discordias: cambiad los honores que adquirieron. No os detengais, miserables; que más se destruye en un dia de guerra, que se gana en muchos años de paz, y es pequeña aquella chispa que lleva la destruccion á un gran reino.»

Con nobles intenciones y recto juicio conduce su trabajo, el cual es muy extraño quedase desconocido á los Villani, sus contemporáneos, y á los posteriores casi hasta Muratori.

Los Villani.—Juan Villani, mercader florentino, promovido á los primeros puestos de la república, habiendo hecho el viaje á Roma para el jubileo de 1300, quedó admirado á la vista de tantos monumentos; y la lectura de Salustio, de Tito Livio, de Valerio Máximo, de Pablo Orosco, de Virgilio, de Lucano y otros maestros en historia, le inspiró la idea de escribir los acontecimientos de su patria. Se puso, pues, á la obra «para dar memoria y ejemplo á sus sucesores, en honor de Dios y del bienaventurado san Juan, y para gloria de la ciudad de Florencia.» Ha compuesto doce libros, en los cuales admite, sin discernimiento, las fábulas antiguas, y hasta copia grandes pasajes de Malaspina. Pero cuando llega á su época, espone los hechos de una manera muy instructiva, y esto sin limitarse á los acontecimientos en que su patria tuvo parte. Carece de pretensiones literarias y es

rudo en la gramática (1), «la union de las palabras es en él sencilla y natural. El lector no puede descubrir nada supérfluo, ningun fárrago, nada forzado y artificial. Nótese, no obstante, la señalada gracia y belleza que nos encantan en la linda cara no acicalada de una noble dama ó de una jóven (SALVIATI).» Mercader, cual era, toma interés en las cosas positivas que descuidan los cronistas contemporáneos de los demás paises. Cuando éstos no tienen valor sino porque nos trasmiten sus impresiones personales, Villani procede con exactitud é inteligencia; examina, compara, juzga, y á la gravedad de los antiguos, á quienes no conoce ni de nombre, une la ciencia de la vida: cualidades que hubieran podido valer á la Italia una historia original, al paso que se contentó con imitar. Positivo como es, no por eso deja de creer en los prodigios y en la astrologia, debilidad que se le perdona fácilmente. Se inclina al partido güelfo, sin disimularlo; pero espresa con franqueza sentimientos sinceros, y se enardece cuando habla de la patria: su relato es siempre claro, á veces afectuoso y otras pintoresco.

Cuando murió en la peste de 1348, tuvo por continuador á su hermano Mateo, que describe con viveza los acontecimientos, inspirando respeto y amor. Versado en el conocimiento del corazon humano y en las intrigas de la política, se irrita contra el vicio, se inflama en favor de la libertad; y el sentimiento religioso de que se halla penetrado, no le impide revelar los extravios de los papas.

Mateo fué tambien arrebatado por la peste en 1363: su hijo Felipe prosiguió hasta 1365 una relacion de la que ya hemos tenido ocasion de copiar varios fragmentos. Hombre de estudio, llamado á comentar á Dante en la cátedra instituida á este efecto, escribió con más arte que su padre, y su tio, y se dedicó á dar unidad al texto contenido en cada libro. Añade á esta crónica de familia vidas de florentinos ilustres.

Marchione de Coppo Estefani continuó tambien, hasta 1385, la historia de los Villani. Los *Comentarios* de Neri, de Gino Capponi, que llegan hasta la paz de Lodi, tienen vigor y claridad, como convenia á la obra de un hombre de guerra y de negocios. Felipe de Cino Rinuccini dejó *Recuerdos históricos* de 1282 á 1460, que fueron continuados por sus hijos Alamanno y Neri. Era tambien bastante comun entre los florentinos tener ciertos libros que llamaban *prioristas*, porque apuntaban en ellos el nombre de los supremos magistrados de

(1) «Conviene comenzar el libro XII, pues que lo exige así el curso de nuestro tratado, porque nueva materia, grandes mudanzas y diversas revoluciones ocurrieron en aquellos tiempos en nuestra ciudad de Florencia por nuestras discordias entre los ciudadanos y la mala administracion de los Veinte, como ya hemos dicho, y fueron tantas, que yo, siendo autor y habiendo estado presente, dudo que nuestros sucesores las crean verdaderas, y fueron tales como diremos ahora.»

la república (priors); al mismo tiempo también llevaban un registro de los principales acontecimientos de su patria, y hasta de los de otros países extranjeros; estos libros constituían la tradición doméstica.

Albertino Mussato (1261-1329), magistrado paduano, escribió en latín diez y seis libros de *Historia Augusta*, sobre los hechos de Enrique VII; en otros ocho los acontecimientos hasta 1317; después en tres libros en verso, el sitio puesto á Padua por Can de la Scala; y últimamente las discordias que sometieron esta ciudad á los señores de Verona. Suya es la primera muestra que tenemos de la tragedia moderna, el *Aquiles* y el *Eccelino*. Los dos Cortusii que continuaron su trabajo son muy inferiores á él; pero Felix Osio escribió unos comentarios de todas las líneas de Mussato, haciendo ver lo que había imitado de Simmaco, Macrobio, Sidonio y Lactancio, de tal modo, que diez y seis líneas de original le dan motivo para escribir ochenta y seis de notas. Quien se toma el impropio trabajo de leer las pruebas ve en primer lugar que los autores de la baja latinidad eran mejor estudiados que Livio y Cicerón, y en segundo que principiaban á cuidarse del estilo. Y en efecto; Mussato, Juan de Cermenate, notario de Milan y el vicentino Ferreto, se dedicaron á desembarazar la lengua latina, y si en su penoso trabajo de imitación sofocaban la originalidad, merecen sin embargo gratitud.

Sanuto.—Marin Sanuto (Torsello), que señala la transición de las ideas religiosas á las comerciales, estuvo cinco veces en Oriente, recorrió la Armenia, el Egipto, Chipre y Rodas, y habiendo adquirido práctica en las cosas de mar, de la milicia y en la geografía, y uniendo á los conocimientos políticos y militares de su tiempo un talento elevado, escribió *Secreta fidelium crucis*, que es el primer libro de economía. Le dividió en tres partes en honor de la Trinidad, y porque tres son los medios más eficaces de recobrar la salud, el jarabe preparatorio, el medicamento oportuno y el régimen. Trata de persuadir de la conveniencia de una cruzada, no considerándola religiosamente, sino mirándola bajo el punto de vista comercial, por lo cual á los textos que recomiendan al buen cristiano redimir á Jerusalén, añade la lista de los géneros que se traen por el camino de Tierra Santa, cuánto cuesta y á cuánto asciende su porte; propone como mejor el camino de Egipto, y dice que con diez galeras se puede bloquear este país; fija los hombres, los víveres y el dinero que se necesitarían, siempre con el intento de engrandecer á Venecia, cuyos marineros solamente cree capaces de guiar las naves en los bajos canales del Nilo. Cerrado así el Egipto, dice que quedaría herido en el corazón el islamismo. Hubiera querido que el ejército de desembarco contase quince mil infantes y trescientos caballos, y que la escuadra fuese toda veneciana, designando la forma y estructura de las galeras de guerra y de las naves de transporte algunas armadas; describe minuciosamente las catapultas que él llama

máquinas comunes y lontanas, dando todas sus dimensiones y proporciones según la varia distancia, la longitud de la pértiga y la carga, ó sea la caja; advirtiendo que consiste gran parte de su perfección en la redondez de la piedra y en su justa igualdad con el contrapeso y las dimensiones de la máquina, es decir, con el calibre de aquellos antiguos instrumentos. Hace las mismas observaciones acerca de las balistas, lo cual debe ser uno de los primeros pensamientos del general del ejército cruzado. En otra parte da reglas sobre los campamentos, sacadas de Vegetio y de César; manifiesta tener práctica en el arte de las fortalezas, según su época, dando pruebas de ello en una graciosa parábola.

«Si vuestra Santidad (dice al papa) quisiera saber cuánto costarán todos los gastos, y qué debe hacerse para emprenderla con los tártaros, respondo que en tres años aquel gasto ascendería á veintiuna veces cien mil florines, contando el florín á dos sueldos de grosos de Venecia, es decir, setecientos mil florines poco más ó menos cada año para sueldos, municiones y conservar buenas relaciones con los tártaros, y para naves, armamento, castramentación y pertrechos, trescientos mil florines en tres años; en todo setecientos mil florines al año (2).

Para conocer los valores de entonces estos datos no sirven. Calculemos que el soldado de á caballo cueste triple que el de á pié; si un ejército de quince mil infantes y trescientos caballos cuesta seiscientos mil florines anuales, otro de diez mil infantes y mil cuatrocientos caballos debe costar quinientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve; y añadiendo trescientos mil florines por los primeros gastos de la expedición, serán ochocientos treinta y cinco mil ochocientos cuarenta y nueve florines. Sanuto dice que el florín es igual á dos sueldos de grosos de Venecia, por lo que aquella expedición debía costar un millón seiscientos setenta y un mil setecientos ochenta y nueve sueldos de grosos. El sueldo era la vigésima parte de la libra y la libra valía diez ducados, los cuales debían ser equivalentes á diez y siete francos de los actuales. Aquel ejército, pues, debía costar catorce millones doscientos diez mil, doscientos ochenta y dos francos, es decir, mil pesetas anuales cada hombre.

Este cálculo puede comprobarse comparándole con los valores fijos de los víveres. Sanuto nos proporciona el medio de hacerlos diciendo: «La libra de bizcocho cuesta cuatro dineros y un tercio. La ración diaria de un hombre compuesta de libra y media costará seis dineros y medio; cuarenta y cinco libras que consume un hombre en treinta días costarán diez y seis sueldos y tres dineros, moneda pequeña, y en doce meses quinientas cuarenta libras de bizcocho serán seis sueldos de gro-

(2) *Secreta fidelium crucis*, II, parte 1.^a, cap. 4.

sos, un groso y cuatro dineros.» Esta última suma, pues, representaba en aquellos tiempos quinientas cuarenta libras de pan; un millon seiscientos setenta y un mil setecientos noventa sueldos debían representar ciento cuarenta y nueve millones doscientos diez y ocho mil trescientos treinta y cuatro. Esta cantidad equivalía á diez y siete millones ciento setenta y siete mil ciento cuarenta y cinco libras métricas. No podemos decir con seguridad cuánto valdría hoy la libra métrica de aquel pan, porque no sabemos qué pan daban los venecianos á sus marineros; pero suponiendo que la libra métrica se comprase por veinte centésimos, costaría aquella cantidad catorce millones doscientas treinta y cinco mil cuatrocientas nueve pesetas. Estos dos cálculos son tan completamente idénticos, que el uno es la prueba del otro.

Sanuto nos ayuda á formar el mismo cálculo sobre el vino, las carnes saladas, las legumbres y así de lo demás; pero la poca estabilidad de los valores de estos comestibles y la inseguridad en las medidas antiguas, harían completamente hipotética la valuación. Sin embargo, al sumar las cuentas tendremos que para alimentar á un hombre con pan vino, carne salada, legumbres y queso por espacio de un año, se necesitaban doce sueldos de grosos, es decir, ciento dos pesetas. Esta cuenta está hecha por Michaud.

Desde este tiempo tenemos una nueva fuente histórica en las relaciones de los embajadores venecianos, los cuales estaban obligados desde 1296 á hacerlas al tribunal, y en 1425 se estableció que las estendiesen por escrito (3). Se conservaban en el archivo público, de donde acaso ilegalmente se sacaban copias que hoy se hallan en abundancia en los archivos particulares, y son muy importantes por el gran número de noticias que contienen, y por lo á propósito que son para conocer á los grandes.

Arte crítica.—En aquella época renacia el arte de la crítica, y Petrarca fué uno de los primeros que hizo uso de él, restituyendo algunas obras á sus verdaderos autores, aunque á veces engañe (4), y demostrando la falsedad de un diploma que le envió Carlos IV, diploma por el cual Julio César y Neron hubieran libertado al Austria de la dependencia imperial (5). Quejase de que los romanos ignoran lo que á ellos mismos les concierne, y destruyen por un miserable lucro los preciosos restos perdonados por los bárbaros (6). Alaba á Nicolás Rienzi por haberlos restaurado, y ser admirador de la antigüedad en ellos (7). Pastrengo recogió tam-

bien antigüedades y copió inscripciones; y Nicolás Nicoli poseía una serie de medallas de que se sirvió para comprobar la ortografía de ciertas palabras.

Los antiguos habían ya conocido que las inscripciones podían ayudar á la historia. Ahora bien, Nicolás V encargó á Pizzocoli, llamado Ciriaco de Ancona, reunir el mayor número que pudiese. En su consecuencia visitó la Italia, la Grecia, la Hungría y los países de Levante donde los turcos no habían aun penetrado, copiando todas las que encontraba (8). Fray Giocondo de Verona recogió también gran número de ellas, pero sin publicarlas. Se conserva en manuscrito, en Reggio, la colección de Miguel Ferravino. Nicolás Peretto, obispo de Manfredonia, formó también una colección de ellas; otros reunieron las de las provincias particulares. Gerónimo Bologni fué el primero que unió á los monumentos descubiertos explicaciones y comentarios. Así es que la historia se presentó entonces apoyada en la erudición. Biondo Flavio, secretario de Eugenio IV, tomó de los testimonios de la arqueología para dar noticias sobre los edificios, el gobierno, las leyes, las ceremonias y la disciplina militar de Roma (*Romæ instauræ libri III.—Romæ triumphatis libri IX*); después describió en la *Italia illustrata*, las catorce regiones de la Península. Pero era casi imposible que no incurriese en muchos errores. Se encuentran menos en la obra de Bernardo Rusellai (*De urbe Romæ*), amigo generoso de los literatos, que gastó 37,000 florines en las fiestas de su matrimonio con una hija de Pedro de Médicis. En su magnífica habitación era donde se reunía la academia platónica, á la cual los *jardines Rucellai* debieron su celebridad.

Pomponio Leto, 1424-97.—El florentino Domingo Fiochi escribió sobre las magistraturas romanas. Pomponio Leto, natural de Calabria y bastardo de los San Severino, se afectaba hasta derramar lágrimas á vista de los antiguos monumentos; llegó hasta buscarlos en las orillas del Tanais y hasta pensó en visitar las Indias; pero fué separado de este intento por los hombres ilustrados que tenía por compañeros como presidente de la Academia romana. Habiendo sido saqueada su casa por una sublevación en tiempo de Sixto IV (1484), se fué con jubón y borceguies y una caña en la mano

desde su juventud nutrido con la leche de la elocuencia, buen gramático, mejor retórico, excelente escritor. ¡Ah! ¡cuán espeditivo lector era! Hojeaba mucho á Tito Livio, Séneca, Tulio y Valerio Máximo, y tenía gran gusto en contar las grandezas de Julio César. Todos los días iba á examinar las esculturas de los mármoles que había en derredor de Roma. Solo él sabía leer los antiguos epitafios para traducir todas estas inscripciones antiguas, para interpretar con verdad aquellas figuras en mármol.»

(8) Fueron publicadas en 1654 por Carlos Moroni, y Tirabochi da larga cuenta de ellas en su tomo 7, pág. 292.

(3) *Referant suas legationes in illis consiliis, in quibus electi fuerunt* (1296).—*In scriptis relationes facere teneantur* (1425).

(4) *Senil.*, XV, 5.

(5) *Fam.*, II, 4, IV, 9.

(6) *Famil.*, VI, 6. *Hort. ad Nicol. Laurent.*

(7) Hé aquí lo que dice de Rienzi, su cronista: «Fué